

Los 120 días de Frei

Revista "Primera Plana" 15 de septiembre de 1964

El atildado funcionario de banco mostraba una cabeza cuidadosamente afeitada al rape. En la plaza Bulnes, treinta jóvenes, uno tras otro, se arrojaron vestidos a la pileta. Otros desfilaban por la calle Ahumada en paños menores: no faltó alguna muchacha en mokini, por cierto que arrebuja en una toalla. Un diputado cargaba en hombros a otro mucho más corpulento que él. Alguien llevaba una máscara con gruesas orejas y esta inscripción: "Soy un burro, voté por Allende". Era el día siguiente de las elecciones que consagraron presidente a Eduardo Frei con 430.000 votos de diferencia sobre Salvador Allende. Los pobres pagaban así sus apuestas; los otros, las solventaban en dinero (la mayor fue de 6 millones de escudos, unos treinta millones de pesos argentinos). La contienda cívica había terminado y los chilenos se entregaban a la chacota: ¿hay algo más democrático que reírse de sí mismo? Bajo el cielo gris perla de la capital andina, con un Sol convaleciente que entibiaba las cimas nevadas, los nervios se habían distendido. No sólo los directivos de la Anaconda y la Kennecott —las dos compañías norteamericanas que explotan todo el cobre chileno— se habían salvado de la expropiación. Todos, aun los vencidos, parecían experimentar una sensación de alivio. Deseada o no, la aventura era temible. El delgado país se había encogido aún más para pasar por un estrecho desfiladero, entre el atraso y el comunismo. Hasta el abatido FRAP (Frente de Acción Popular) matizaba su pena con la tácita admisión de que, llevado por su entusiasmo, había asumido una responsabilidad demasiado grande. En realidad, los socialistas más intrépidos y los comunistas más pacientes del continente saben muy bien que si pudieron sumar casi un millón de votos —es decir, casi el 40 por ciento del cuerpo electoral—, lo deben a su actitud para contemporizar. ¿Y todo para qué? Triunfante el FRAP, no habría tardado en quebrarse. El socialismo chileno pudo mantener su alianza con el comunismo a lo largo de toda la guerra fría, pero en la oposición; en el gobierno, los factores de presión interna e internacional lo hubieran forzado rápidamente a una disociación. ¿Es compatible el tratado de Río con la presencia de ministros comunistas en un gobierno americano? En vísperas de la elección, el enviado de PRIMERA PLANA entrevistó a los senadores Ampuero y Corvalán, secretarios generales del socialismo y el comunismo. Hay quienes creen saber que el acta fundamental del FRAP admitía que Allende podía no designar ministros comunistas. Ese pacto se firmó hace años: según parece, los comunistas lo estiman inactual, puesto que su partido fue readmitido en la legalidad (por iniciativa del presidente Ibáñez, en 1957). Hay quienes suponen —otros lo niegan— que desde entonces se firmó un acta adicional que incluye formalmente el compromiso de recibir a los comunistas en el gabinete. Los dos jefes de partido se mostraron discretos acerca de la naturaleza del pacto que los une, pero coincidieron en que el comunismo nombraría ministros. En todo caso, añadieron, no había razones para alarmarse: la vía de la revolución chilena no era la cubana. Cuesta creerlo en el extranjero, pero la figura del senador Corvalán es tan risueña, tan inofensiva la imagen que él logró presentar del comunismo de su país, que el Cardenal primado, monseñor Silva Henríquez, en su mensaje preelectoral a la ciudadanía,

afirmó que todos los candidatos eran igualmente respetables, y se guardó de aludir al "peligro comunista".

Con todo, tanto él como Ampuero afirmaron que "ínfimos grupos reaccionarios" estaban creando una "psicosis de miedo" con el propósito de romper la legalidad. Allende había prometido que su primer decreto sería un aumento general de salarios. Pero entre noviembre —fecha en que asumiría el mando— y marzo de 1965 —cuando se renueva el Parlamento— debía coexistir con la mayoría conservadora. Ese decreto sería demorado por el Parlamento, enmendado y desnaturalizado. Si las fuerzas sindicales intentaban entonces amedrentar a los legisladores, con la benevolencia del gobierno, se hubiera creado una situación muy semejante a la del Brasil en vísperas de la caída de Goulart. Corvalán sonrió vivamente: "No se equivoque, amigo. Estamos en Chile." Desde luego, Ampuero no parecía tan seguro. Todas estas contradicciones saldrán a la luz en la discusión de socialistas y comunistas, ya perceptible en la prensa de ambos sectores. Pero la derrota pronto conmovió a los grupos menores y más vacilantes del FRAP: el partido Democrático Nacional y sobre todo la Vanguardia Popular (del senador Baltazar Castro), que no tardará en evolucionar hacia el centro. Corvalán y Ampuero procuran evitar el desbande por lo menos hasta las elecciones de marzo, que renovarán la Cámara joven y un tercio del Senado. Si el FRAP conserva hasta entonces su 39 por ciento, se convertirá en la primera minoría, puesto que los partidos de derecha votarán por sus propios candidatos, por lo que la democracia cristiana —aun previendo la consabida reacción del exitismo— difícilmente retendría más del 30 por ciento. Después de marzo, robustecido por ese posible triunfo, el FRAP podría obtener un poder más consistente que el perdido la semana pasada. Los socialistas —previa ruptura con el comunismo— se convertirán acaso en partido de gobierno, desplazando de esa posición al radicalismo y usufructuando sus votos de burocracia y clase media. Ampuero acaba de denunciar esta política con exagerada violencia: Frei trataría de "abrirse a la izquierda" mi el único designio de "quebrar FRAP"; el socialismo toma la oposición porque "no acostumbramos ser amigos de quienes abiertamente se declaran nuestros enemigos". En realidad, la democracia cristiana ha repudiado siempre el anticomunismo; simplemente, ofrece otro cauce para la revolución.

La revolución posible "Para Eduardo Frei, grave y austero, destinado a manejar hombres." El enviado de PRIMERA PLANA leyó esta dedicatoria sobre el retrato de la difunta poetisa Gabriela Mistral en el escritorio de abogado donde el presidente electo de Chile atendió a sus clientes —algunas compañías de salitre y seguros, sin capitales foráneos—mientras aguardaba su hora, a los treinta años de carrera política. Es la primera vez que la democracia cristiana, en América, gana una elección presidencial. Llega, además, sin pacto previo con ningún otro partido. La noche del triunfo, hablando desde un balcón a una multitud fervorosa que enarbolaba millares de antorchas, Frei agradeció a los partidos de derecha, uno por uno, pero dejó en claro que no tenía sino un compromiso —cumplir su programa— y que gobernaría con quienes alienten las mismas inspiraciones. Era una velada referencia a los socialistas. ,
Todavía estudiante de la Universidad Católica —donde conoció a quien sería su esposa, doña María Ruiz Tagle—, Frei comenzó por actuar en el partido conservador (o de los "pelucones"),

cuyo fundador, Diego Portales, hizo de Chile, a mediados del siglo pasado, una democracia señorial y ordenada. Descendiente de una familia suiza, el joven estudiante abrigaba un sentimiento cívico que le hacía ver en la democracia el sistema más práctico para alcanzar la justicia social. Fue él quien, con otros compañeros de estudios, fundó la democracia cristiana. Entonces se llamó Falange Nacional. Una generación de intelectuales quedó en el camino, detrás de Eduardo Frei, en un heroico esfuerzo por brindar a Chile un gobierno activo, dotado de sentido ético, comprensivo de los dolores del pueblo e imbuido del ideal de unidad iberoamericana. Los que llegan con él son el probable primer ministro Bernardo Leighton (desempeñó su primera cartera ministerial a los 25 años), el fogoso senador Radomiro Tomic (especialista en asuntos internacionales, pero que difícilmente se plegaría a la rutina de la cancillería), Alvaro Marfán, autor del plan decenal de desarrollo (seguramente, ministro de Economía), los sagaces políticos Renán Fuentealba y Juan de Dios Carmona (arribos de una generación posterior). Este es el capital humano con que cuenta Eduardo Frei para iniciar una revolución que, según él, ya no puede esperar. Una revolución cuyo éxito temen tal vez los comunistas más que los conservadores. La derecha votó de luto el 4 de setiembre. Inequívocamente, detesta a Frei. No olvida que el año pasado visitó a Moscú ("alguna vez debíamos terminar con estos temores; son pura majadería", dijo entonces a PRIMERA PLANA) y que se opuso tenazmente, hasta el fin, a la ruptura de relaciones con Cuba. Los sectores tradicionales de la sociedad chilena votaron por él; era el miedo al comunismo; pero ningún orador derechista fue admitido a su lado, en las tribunas. Un colega chileno dijo al enviado de PRIMERA PLANA: "Preferíamos a Allende: a él se podía derribarlo con un golpe militar, a Frei no." La revolución posible es más peligrosa que la revolución utópica. Este cronista preguntó hace unos meses a Eduardo Frei si el hecho de ir sin pactos a la elección presidencial indicaba que la democracia cristiana intentaría gobernar sola. El candidato respondió .que sería necesario formar una coalición de gobierno después de los comicios. Preguntado si había más afinidad entre su partido y la derecha o el FRAP (mejor dicho, una parte de él), no disimuló su preferencia por el sector que ya se perfilaba como su más fuerte adversario. Ante una interrogación concreta sobre la posibilidad de trasladar a Chile la fórmula italiana, contestó textualmente: "Sí. La cooperación de demócratas cristianos y socialistas puede ser aún más benéfica en Chile, porque las tareas nacionales y sociales son aquí más urgentes, más dramáticas, y sólo pueden ser realizadas en común por quienes rechacen las soluciones de derecha por impracticables y las comunistas por totalitarias. En Italia gobiernan juntos — gracias a la distensión internacional— la democracia cristiana, que apoyó la alianza atlántica, y el socialismo, que la combatió. Hace quince años, nosotros, los demócratas cristianos, nos abstuvimos cuando se trató de ratificar el tratado de Río, otro instrumento de la guerra fría." Cuando, en la hora de la victoria, el periodista mostró sus apuntes de la entrevista anterior, Frei ayudó, sonriente, a descifrarlos. "No tengo nada que añadir y nada que borrar", dijo. Un sacrificio breve Un país subdesarrollado necesita treinta años para producir un estadista moderno como Eduardo Frei: con es-tas palabras inició un corresponsal pe-ruano su reseña de la conferencia de prensa que acordó el presidente electo. El cabello ralea ya sobre el cráneo de este intelectual humanizado por la tarea política; su alta figura aprendió a doblarse para

escuchar con humildad y ternura las aspiraciones populares; su nariz prominente alude al vigor de su voluntad. Hay una constante en sus declaraciones ante la prensa mundial: la afirmación categórica de que su victoria es la victoria de la izquierda democrática. Chile votó contra el peligro totalitario, pero también contra la estructura social presente, insistió. La ciudadanía ha plebiscitado no a un hombre, sino a un programa. Los dos meses que aún faltan para la transmisión del poder los dedicará a trabajar con su equipo en la redacción de un complejo de proyectos de ley, que serán presentados "no el año próximo, sino inmediatamente". En esos cuatro meses se discernirá el éxito o el fracaso de su gobierno. Los periodistas chilenos ya acuñan una frase para definir ese período, que puede ser histórico: los 120 días de Eduardo Frei. Uno de los presentes señaló que deberá gobernar cuatro meses con un Parlamento conservador y que ello puede originar cierta tensión social. El presidente electo afirmó que conoce bien al Congreso chileno; él sabe que nunca actuó según menguados intereses políticos cuando medió una clara afirmación de la voluntad nacional. Los legisladores saben que no hay opción sino entre el comunismo y la revolución nacional y cristiana. Invitado a definir esta expresión, dijo que se trata de duplicar la renta nacional y por habitante, no en setenta años, según el ritmo de crecimiento actual, si-no en veinte años. Sólo si el sacrificio es breve y su resultado perceptible, se mantendrá la continuidad del proceso democrático. De otra manera, el país caería en el comunismo. Frei indicó que sería prematuro hablar de la composición del gabinete, pero insistió en que solicitaría la más amplia cooperación posible de todas las familias del pensamiento político. Hablando de la transformación agraria, aludió a las experiencias que pudo recoger en Suecia (país socialista), como en Bélgica y en Holanda (social-cristianos). Quedó en el aire la impresión de que, para él, la similitud de programas entre su partido y el socialismo constituye un hecho político de valor determinante. En Santiago, las aguas sucias del Mapocho zumban irónicamente —con una ironía muy chilena— entre la desvencijada miseria que lo oprime. Pero a poca distancia se extiende la noble y solitaria belleza del Parque Forestal, cuyas avenidas transitan los estudiantes repasando sus lecciones. Mu-chachos y mozas que son un lujo para cualquier país: ellos, de talle escaso pero anchos de hombros; ellas, sin sensualidad ni elegancia visibles, pero animadas de una penetrante y exclusiva gracia. No los abandona ni por un momento la evidencia de que su patria es pobre, estrecha, pedregosa, en una tercera parte calcinada por el Sol del trópico y en otra tercera parte, por los hielos. De esa evidencia extraen una lección de modestia y decisión. Uno como ellos, treinta años atrás, paseaba por el mismo parque: se llama Eduardo Frei, y hoy depositan en él su esperanza ocho millones de chilenos.